



"La Nación" Buenos Aires
13 Junio 1920 - 6-249

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

ROBINSON CRUSOE. - I

por Miguel de Unamuno

ROBINSON Crusoe se salió de su casa sin consultar a sus padres, sin pedir la bendición de Dios, o la de su padre, en una mala hora, el 1.º de septiembre de 1651. Y emprendió el descubrimiento y conquista de su mundo, del mundo. Quería ver el mundo, conocerlo, y conocer el mundo, do es poseerlo. Creciendo en fortuna, su cabeza se llenó de proyectos, y empresas superiores a su alcance, y Vales nos dice cuáles son a menudo la ruina de las mejores cabezas en los negocios. Al cabo, yendo con otros, naufragó y encontróse en una isla desierta.

«Me pasé por la playa—nos dice—levantando las manos, y envuelto mi ser todo, puedo decirlo, en la contemplación de mi liberación, haciendo mil gestos, que no puedo describir, reflexionando en mis camaradas muertos...» Se veía libre al verse solo en la isla desierta y sola. Pero tenía que aprender la soledad, y es ciencia difícil.

Llevaba, sin embargo, tradición a la isla: pan, arroz, tres quesos de Holanda, cinco piezas de tasajo de cabra y algo más. Y se llevaba a sí mismo, que no era él solo, que era todo un pueblo y el descendiente de miles de abuelos. No era un Adán ni siquiera un salvaje. Salvó consigo una caja de carpintería y armas. Las necesitaba para buscarse por la caza su sustento, y, acaso contra otros hombres, posibles.

Subió a una colina y vió, con gran aflicción su suerte que estaba en una isla rodeada por todas partes de mar y sin que se viera más tierra que unas rocas a gran distancia». Y no supongamos una ociosa, o acaso ridícula, redundancia, al decirnosos que la isla estaba rodeada de mar por todas partes—«environed every way with the sea»—porque ello descubre, pateciendo ser una perogrullada, su misterio, el de la vida de Robinson y el de nuestras vidas todas. «Nuestra pequeña vida está rodeada de sueños—dice Próspero en «La Tempestad» (acto IV, escena I) de Shakespeare. Y ese mar de sueño es mar de misterio. Y entonces Robinson nos dice que «convoqué a consejo, por decirlo así—«that is to say— a mis pensamientos...» Y así era, porque él era todo un pueblo.

Encontró también, al revisar lo que había salvado, treinta y seis libras, parte en moneda europea y parte en brasileña, pero sonrió a su vista diciéndose en voz alta: «¿para qué sirves, droga?» Pero pensándolo bien, las guardó. Prudente resolución. Tan prudente como la de los antiguos que al enterrar a un muerto le ponían en la mano, o acaso en la boca, una moneda. No está de más poder presentarse con algún dinero al Juicio Final.

Cuando llevaba Robinson diez o doce días en su isla, temió perder la cuenta del tiempo por falta de libros, papel y tinta, con lo que habría acabado de perder la razón civil, y temió—escrúpulo religioso!—no poder distinguir los días de fiesta de los de trabajo y para evitarlo cortó un poste, hizo una cruz y gravó en ella: «arrivé acá el 30 de septiembre de 1659». Y así, sobre una cruz, y cruz de leño, no de piedra ni de metal, reanudó su historia. O más bien la inició. Y con la historia la ciencia. Porque había salvado brújulas, relojes, cartas, «instrumentos matemáticos» en fin. Y todo ello lo puso al pie de aquella cruz de madera, que fué el hito inicial de la conquista de su isla.

«Encontré también—nos dice—tres muy buenas Biblias que me venían, en el cargo, de Inglaterra y que había empacotado entre mis cosas, algunos libros portugueses, entre ellos dos o tres devocionarios papistas y varios otros que guardé con cuidado. Y no debo olvidar que teníamos en el barco un perro y dos gatos, de cuya eminente historia tendré ocasión de decir algo en su lugar...» De este perro nos dice más adelante que fué para él un compañero agradable y amable en diez y seis años y después se murió de viejo. Pero ni las Biblias—eran tres!—ni los devocionarios portugueses, ni el perro ni los gatos podían librarle de la terrible soledad en que se encontraba en aquella isla rodeada de mar por todas partes y él allí, solo con su alma rodeada ésta del mar del misterio. Y lo tremendo de su soledad era que su alma era un monasterio, pero un monasterio de cartujos silenciosos. Y aquel silencio era pavoroso y trágico. Ni bastaba a adormecerlo el canto incesante del mar que rodeaba a la isla, el canto del misterio que rodeaba a su alma.

Y así, rodeado del sueño que en-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES



vuelve a nuestra pequeña vida, le asaltaron visiones como las que por entonces asaltaban a otro solitario, a otro Robinson, a Bunyan, el del «Viaje del Peregrino». Y oyó Robinson una voz tan terrible «que es imposible expresar su terror». Y la voz le decía: «Visto que todo esto no te ha llevado a arrepentimiento, ahora vas a morir». ¿No quiere esto decir que sintió, acaso sin darse cuenta de ello, impulsos de suicidio? ¿No quiere decir que la soledad, en aquel monasterio que era su isla, le llevó a la acedia, a la melancolía, a la terrible acedia conventual, y de aquí a deseos de morir, de matarse? El tedio le visitaba, el tedio que según Leopardi—que sabía de ello—se asienta inmóvil junto a nuestra cuna y a nuestra tumba. Tumba que es cuna, como acaso la cuna, a su vez, es tumba. Y el pobre Robinson acudió—¿a dónde si no?—a su Biblia. Abríola al azar y dió con estas palabras: «Llámame en el día de tribulación y te libertaré y me glorificarás». Pero la soledad seguía apretándole, y ¿cómo le libraría de ella el Señor a quien llamaba?

El pobre Robinson llamaba a Dios en el desierto, pero como estaba solo Dios no le oía. O mejor era Robinson el que no se oía a sí mismo. Y no se oía por falta de un espejo acústico. El hombre que vive solo, no se oye ni a sí mismo. Y acaba por olvidarse de sí y por perder la conciencia.

Pero he aquí que el pobre Robinson llegó a ver en su isla, en su claustro, abundancia de boros y quiso coger uno para domesticarle y enseñarle a que le hablara. Logró, tras de algún trabajo, coger un lorito

joven que se lo llevó a su casa, pero tardó años en enseñarle a hablar. Enseñóle, al menos, a que le llamara por su nombre, muy familiarmente. Y cuando se despertaba de su sueño oía una voz que le llamaba diciéndole: «Robin, Robin, Robin Crusoe, pobre Robin Crusoe! ¿Dónde estás, Robin Crusoe? ¿dónde estás? ¿dónde has estado?»

Ya está Robinson, gracias al lorito, gracias a Poll, consigo mismo, ya tiene conciencia. Oírse llamar en la soledad! La voz del lorito era su propia voz y era a la vez la voz de Dios. Había venido, gracias al lorito, la terrible soledad. Dios le había oído; el lorito era un mensajero del Señor, un ángel. Y llegó Robinson a algunas diversiones que le permitieron matar el tiempo, pero sobre todo gracias a Poll pudo resignarse a su soledad. O mejor pobló su soledad. Y vivió el lorito con

el no menos de veintiséis años. «Acaso—nos dice—esté todavía vivo el pobre Poll, llamando hasta hoy al pobre Robin Crusoe; no deseo a ningún inglés la mala suerte de llegar allá y oírle, pero si así es creará ciertamente que era el diablo».

¿Es el diablo, en verdad, nuestro lorito? ¿Es el diablo esa voz que en la soledad nos llama por nuestro nombre y nos pregunta: «dónde estás? ¿dónde has estado?» Diablo—«devil» es la palabra inglesa que emplea Robinson en su relato—quiere decir fiscal. ¿Y no es acaso un fiscal nuestro lorito, el que nos llama por nuestro nombre en la soledad, preguntándonos dónde estamos? Pero ese lorito, ese diablo, puebla nuestra isla desierta, rodeada del mar del misterio por todas partes, y al poblárnosla nos arranca de la soledad. Es el lorito el que nos libra del tedio trágico de la soledad. «¿Qué te ha hecho que me has herido estas tres veces?» le preguntó a Balaam su burra (Núm. XXII, 28) y Balaam le respondió que se había burlado de él y quiso matarla (v. 29) pero la burra le replicó: «¿no soy yo tu burra? sobre mí has cabalgado desde que me tienes hasta hoy» (v. 30) y el Señor abrió los ojos a Balaam (v. 31). Abrimos los ojos cuando nos habla nuestra burra, la bestia en que cabalgamos por el mundo, pero abrimos el alma toda, y la abrimos a la esperanza, cuando nuestro lorito nos llama y pensamos que nuestro nombre—¡siquiera nuestro nombre!—nos sobrevivirá.

Hasta que Robinson encontró al lorito y le enseñó a hablar, a llamarle por su nombre, era inútil que se llamase él a sí mismo porque uno no oye su propia voz, no la oye si no le llega reflejada de otro. La voz misma de la conciencia no la oímos si no nos viene de otra boca, aunque sea de la de un irracional. Y de aquí la sabiduría psicológica de la confesión auricular y del director de conciencia.

Y ya Robinson, habiéndose encontrado a sí mismo en su isla desierta, gracias al lorito de Dios, no apetecía más hombre. ¿Qué le importaba que el lorito, que Poll, no tuviese conciencia de lo que decía? Acaso era mejor. Si él hubiese creído que al preguntar el lorito «Robin Crusoe ¿dónde estás?» sabía lo que esto quería decir, habría temblado de terror pánico. Y pronto veremos cómo el silencio de una huella de desnudo pie humano le aterró lo que la voz del lorito no le había aterrado.

